

Historias del tiempo

Estos breves textos en prosa son cuentos, reflexión filosófica, ensayo. Partiendo de fenómenos de lo cotidiano, Werner Koch (n. en 1926 en Ühlheim, Alemania) trata de captar qué es lo que pasa cuando pasa el tiempo, y cómo nos enredamos los seres humanos —cosa que no sucede con los animales— en nuestro afán de organizarnos en el espacio y de crear orden. Parece ser que el modo como percibimos nuestra historia (la personal y también la gran Historia) es único y específico para cada individuo y que estamos más cerca del eterno retorno que del tiempo lineal; sólo algunas fechas pueden adquirir un valor simbólico.

Las versiones que presentamos aquí surgieron de un taller de traducción. Cada participante escogió un texto que le parecía sugerente para hacer su versión en español. El lenguaje del original es preciso y escueto, tendiendo a lo lacónico; no está muy lejos de lo oral. En la traducción se buscó recrear ese tono. Sería bueno leer en voz alta estos cuentos, y escuchar el ritmo pausado que marca el tiempo que fluye...

Elisabeth Siefer

HOMBRE Y CAMELLO

En el desierto de Wadi Rum... una visión atormentadora me quitó el sueño; me levanté, doblé la cobija y salí de la tienda de campaña; tenía frío. A la noche le costaba trabajo cederle terreno al día, sólo a regañadientes se ocultó en la arena del desierto, pero detrás de las rocas de piedra arenisca se extendió rápidamente una pálida luz blanco amarillenta que anunciaba al sol saliente. En el crepúsculo matutino, las tiendas de los beduinos se veían como colinas de arena puntiagudas en forma cónica; ni un soplo de viento las tocaba. Algunos de los camellos se habían despertado, trituraban con los dientes, inflando, en intervalos regulares, sus sedosos orificios nasales, y sus orgullosas cabezas le hacían saber a todo el mundo que Alá, el todopoderoso, había creado el desierto exclusivamente para ellos. El hombre se siente abandonado en este mundo de desierto, vacío e inmensidad; se siente abandonado, aislado y perdido. El tiempo está inmóvil.

En el horizonte, donde cielo y desierto se diferencian entre sí únicamente por una línea apenas visible, de repente surge un movimiento. Un beduino empuja su camello hacia adelante; sólo vagamente se pueden reconocer seres vivos pequeños e irreales en el delgado umbral entre cielo y tierra, pero: no es el hombre, es el camello el que va adelante; el camello conoce el camino y la meta, el beduino ciegamente va al trote atrás. El andar del camello es tranquilo, seguro de sí mismo, intemporal. El beduino tiene que darse prisa para llevar el paso con el camello. El tiempo está del lado del camello, porque le deja su forma de andar, su dignidad, su naturaleza. Al beduino, lo hace correr atrás.

Versión: Alma Miranda Ortiz.

Fuente: Koch, Werner. "Zeitgeschichten" en: *Akzente* 3, München, junio de 1989.

MI GATO

Mientras trabajo en este texto, mi gato está echado en su sillón y duerme. En realidad es mi sillón, pero mi gato no admite la diferencia entre "mío" y "tuyo"; sostiene que él es el verdadero dueño de mi casa, mi jardín, mi sillón y mi cama, y me concede la enorme gracia permitiendo que yo pueda vivir junto a él. La palabra "propietario de gato" es absurda. Ningún ser humano puede "poseer" un gato, todo lo contrario, cada gato toma posesión de todo aquello que le pasa ante los ojos o incluso entre las patas.

Sin embargo, los gatos son queridos, sobre todo por los escritores. Hablan de su gato como de una amante, y como el amor hace ciego, todos los poemas sobre gatos son himnos de entusiasmo idólatra y por lo tanto ajenos a la realidad.

También yo estuve enamorado de mi gato una vez. En aquel tiempo, mi gato todavía era joven e impetuoso y no pasaba noche sin que viniera a mi cama y quisiera jugar conmigo; y algunas noches estaba tan impetuoso que no se podía ni pensar en dormir.

Ello cesó con los años. Aún nos seguimos queriendo, pero hace mucho que salimos de la etapa del enamoramiento voluptuoso. Ahora nos hemos convertido en un matrimonio entrado en años, ambos lo sobrellevamos bastante bien, no pensamos en una separación, mucho menos en un divorcio, y cuando estamos de pleito, cada uno sale por su camino antes de que se llegue a los hechos violentos. Más tarde, en cualquier momento, nos encontramos de nuevo, y entonces hacemos como si nada hubiera pasado y hacemos las paces, casi siempre sin mediar palabras.

En casi todos los pleitos entre nosotros se trata de quién sacrifica su tiempo a quién. Yo organizo mi tiempo meticulosamente, trabajo concentrada y atinadamente, y cuando escribo un nuevo libro necesito tranquilidad. Si mi gato quisiera, podría comprenderme, pero no quiere y empieza a pelear. No quiere habituarse a tiempos reglamentados y elude las discusiones. No sólo tiene su propia cabeza, también tiene su propio tiempo. Cuando estoy comiendo quiere ir al jardín; precisamente cuando acabo de quedarme dormido me despierta maullando, cuando estoy escribiendo quiere jugar, brinca al escritorio, y revuelve los manuscritos, juega con los lápices, tira el tintero, y cuando yo acepto pacientemente todo esto, sigue jugando con rigor, manotea los papeles en los que escribo y golpea con la pata mi portaplumas. En momentos así quisiera estrangularlo. No lo hago sólo porque sé muy bien que media hora más tarde estará sentado en mis piernas, ronroneando, durmiendo y, mientras tanto, mirándome con sus ojos atemporales como si siguiera enamorado de mí inmortalmemente.

Creo que mi gato no conoce los "por qué". Lo que sucedió ayer ya no le interesa, lo que vendrá mañana le es indiferente. No sabe lo que es el tiempo. Yo tengo que tomarme el tiempo, organizarlo, robarlo, a veces lo voy pasando, a veces lo desperdicio, a veces estoy consciente del tiempo. El tiempo y yo vivimos separados el uno del otro, y a pesar de que diga a menudo que no tengo tiempo, sé muy bien que no es que yo tenga tiempo, sino que más bien el tiempo me tiene a mí.

Mi gato sí *tiene* tiempo. El tiempo le es inherente y le pertenece como su pelaje, sus orejas, sus garras, sus hermosos ojos atemporales. Su tiempo siempre es sólo el presente y, dentro de ese presente, el instante... Concentra sus pensamientos, sentimientos y antojos sólo en ese momento. No piensa ni en el antes ni en el después, vive el ahora, sólo el ahora.

En este momento está echado en su sillón y duerme; por lo menos en éste, en su momento.

Versión: Rosa María Hernández Rojas



FREDERICO

En otoño rodé una película con mi camarógrafo Michael Giefer en el norte de la India. Filmamos la vida aventurera de un hombre que trabajando de marinero se conoció todo el mundo; continuamente desertaba, fue vagabundo, maestro, contrabandista, castrador de toros, dueño de una lavandería, buscador de petróleo, espía, autor de atentados, en resumidas cuentas: un hombre, que como él mismo decía orgulloso, quería vivir a fondo la vida, y que, a su manera, la vivió a fondo. Se llama Fred Smetacek, tiene 79 años, alemán de los Sudetes, y desde hace 40 años posee una propiedad de algo más de 1 000 hectáreas a unos 200 kilómetros al suroeste del Himalaya, con campos de maíz, lagos, montañas, con mucha, mucha jungla y mucha, mucha lluvia. Hoy, Frederico, como pronto le empezamos a llamar, es un ciudadano de la India, casado con una princesa hindú, y la hija y sus cinco hijos respetan a su padre.

Mientras duró el rodaje, Frederico nos contó, horas y noches enteras, acerca de su vida. Su memoria era extraordinariamente buena, se acordaba con tal precisión de tantos detalles como si hubieran ocurrido ayer. Ahora bien, en cuanto al tiempo no se aclaraba. Sabía en qué taberna de puerto se había liado con una u otra mujerzuela, sabía en qué taberna de qué puerto, había droga, y todavía hoy sabe el nombre de la taberna, del barco, de la chica... Pero de cuándo tuvo lugar esto, en qué año, si a finales de los años veinte o a principios de los treinta, eso ya no lo sabía. En la memoria le quedaron sólo las personas, el lugar, los episodios, el dónde y el cómo; el cuándo se volvió indefinible, y además ya tampoco le interesa.

Por lo demás, el tiempo se ha detenido para Frederico. Trabajó como espía para el servicio secreto checo, preparó un atentado contra Hitler; durante semanas, la Gestapo lo había perseguido muy de cerca. Todavía hoy tiene miedo de la Gestapo. Junto a su cama, desde hace cuatro decenios se halla una mochila, lista para poder huir en cualquier momento.

¿Por qué?, pregunto.

Por si viene la Gestapo.

La Gestapo ya no existe, el horror desapareció.

Frederico me mira. No sé si sonríe escéptico o compasivo. Siempre hay Gestapo, dice.

Hoy ya no, respondo. Si vienes hoy a Alemania vas a ver que todo es otra cosa.

Ya no quiero ir a Alemania, dice. Pero la Gestapo, existe ...

Para Frederico el tiempo se ha detenido, y hasta ahora nadie ha logrado corregirle su noción del tiempo. Sin embargo, una fecha se le quedó grabada, el 3 de septiembre de 1939. Fue en el puerto de Calcuta. Aquel día Frederico desertó, saltó de a bordo, nadó hasta tierra firme y se presentó ante las autoridades inglesas. Había estallado la Segunda Guerra Mundial.

Versión: María del Carmen Salinas



SUEÑO

Hay un sueño que seguido tengo: estoy muerto, descanso en mi ataúd y espero mi entierro en la sala de defunción. No tengo ni preocupaciones ni dolores, ni aburrimiento ni impaciencia, tengo mucho, mucho tiempo. Sé que en cualquier momento llegarán los que cargan el ataúd, para llevarme a la tumba, pero esto no me apura. Si realmente no llegaran, dejándome ya ahora el descanso eterno, estaría yo de acuerdo; pero sí van a llegar. Lo sé exactamente, porque tengo muy seguido este sueño; incluso puedo, mientras sueño, predecir lo que va a pasar. Cuando los cargadores del ataúd me dejan en la tumba, mantienen el ataúd de modo oblicuo, mis pies hacia arriba, la cabeza hacia abajo, mis venas frontales se llenan de sangre, a cada instante van a reventar, les suplico a los cargadores que mantengan el ataúd horizontalmente, mas no reaccionan. Sus cuatro rostros desde el borde de la tumba miran hacia abajo sonriéndome.

Mientras habla el cura, me levanto del ataúd y miro a los dolientes. A la mayoría los conozco sólo fugazmente, a algunos ni eso. Mi difunta madre lleva puesto su velo negro sobre la cara, por lo que no se puede ver cuántas lágrimas derrama. Mi difunto padre me mira, no me reconoce, habla con mi hermano muerto en la guerra y dice que pronto todo ya habrá pasado. Sé también en mi sueño que los muertos están muertos, mas no quiero saberlo, ni siquiera tenerlo por cierto; mi sueño me demuestra que los muertos viven. Le pregunto a un compañero de clase ya fallecido hace tiempo, si sabe por qué no ha venido mi mujer a mi entierro. De tu mujer, responde él, tú ya te has divorciado, ¿por qué iba a venir a tu entierro? Miro desconcertado a mi compañero muerto; nunca me caía bien, ya en la escuela él era un ambicioso, un fanfarrón, un mentiroso, pero quizás esta vez diga la verdad, quizás de veras estoy divorciado, quizás él lo sabe mejor que yo, si no ¿por qué me diría algo así?

Me acuesto de nuevo en mi ataúd, escucho cómo la tierra gélida choca sobre la tapa del ataúd, pero entre más palean, más blanda se vuelve la tierra, yo me vuelvo cansado, maravillosamente cansado y me duermo.

Casi siempre despierto en esa parte de mi sueño. Me es difícil poner en orden mis ideas. Durante mucho tiempo aún no sé si mi madre todavía vive o si mi mujer me ha dejado. Nuestros sueños disponen del tiempo de manera tan brutal como el tiempo dispone de nosotros.

Versión: Sergio Sánchez Loyola

UNA VIEJA FOTO

Mi hermano Herbert está muerto desde hace cuarenta y cinco años. Cayó en Rusia, cerca de Kirovograd, el 7 de octubre de 1943. Aún tengo el comunicado de su muerte de un capitán y un médico del Estado Mayor, escrito a máquina. La carta ha sobrevivido al tiempo.

Mi hermano era seis años mayor que yo y murió a los 22 años. En su última foto trae un uniforme, la Cruz de Hierro, la insignia de los heridos y la del batallón de infantería. Tiene un rostro de niño obstinado y unos alegres ojos azul claro. Supongo que quería ganar la guerra.

Ahora está muerto, desde hace cuarenta y cinco años. Yo era seis años menor que él. Entonces ¿es él seis años mayor que yo, o soy yo cuarenta y cinco años mayor que él?, ¿qué estadística es la correcta?, ¿quién está contando mal?

Sigo contemplando la foto. Para mí no hay duda; para mí es y sigue siendo mi hermano seis años mayor que yo... ◇

Versión: Laura Velasco M.

